Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

XXII Semana del Tiempo Ordinario

Martes

Salmo 26

El Señor es mi luz y mi salvación. Casi nos parece estar escuchando la voz de san Pablo, el cual proclama: "Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Rm 8, 31). Pero la serenidad interior, la fortaleza de espíritu y la paz son un don que se obtiene refugiándose en el templo, es decir, recurriendo a la oración personal y comunitaria.

En efecto, el orante se encomienda a Dios, y su sueño se halla expresado también en otro salmo: "Habitar en la casa del Señor por años sin término" (cf. Sal 22, 6). Allí podrá "gozar de la dulzura del Señor" (Sal 26, 4), contemplar y admirar el misterio divino, participar en la liturgia del sacrificio y elevar su alabanza al Dios liberador (cf. v. 6). El Señor crea en torno a sus fieles un horizonte de paz, que deja fuera el estrépito del mal. La comunión con Dios es manantial de serenidad, de alegría, de tranquilidad; es como entrar en un oasis de luz y amor.

"El Señor es mi luz y mi salvación" (Sal 26, 1), es también un llamado a cada uno de nosotros a ser "luz del mundo" (Mt 5,14). La luz tiene como característica disipar las tinieblas, calentar lo que toca y exaltar sus formas. Así pues, para los cristianos, ser luz del mundo quiere decir difundir por doquier la luz que viene de lo alto. Quiere decir combatir la oscuridad, tanto la que se debe a la resistencia del mal y del pecado, como la causada por la ignorancia y los prejuicios.

Que Cristo, que nos da la salvación, dé a la vida de cada uno de vosotros sabor y esplendor, para que nuestro testimonio sea pleno, y nuestra fe plegaria efectiva: *El Señor es mi luz y mi salvación.*

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)